

HASTA SIEMPRE, COLE

Un día de no recuerdo qué año, bien entrada ya la primavera, me envolvió la magia de las tres violetas; esa entrañable ceremonia que despide cada año a los que acaban el colegio. Arrogante se instaló en mí y aún recordarla no puedo sin que me desborde la emoción. ¿Por uno, dos o los tres chicos que han dejado de serlo? ¿Por la grandeza de las tres consignas? ¿Por los recuerdos? No sé. Tantas horas de libros, tiza y mochila, alternas con balón, canasta y silbato; tantos recuerdos míos y tanta presencia suya, no hacen sino avivar el fuego de la nostalgia, ese que nos quema las entrañas, que nos saca de aquí y nos lleva a ningún sitio.

Decir adiós al cole es morir un poco. Queda en él una parte de ellos que son pedazo mío también. Verles salir cada sábado de casa con las zapatillas de deporte favoritas, sin peinar, exigiendo los cuarenta principales en el coche, envueltos en esa aureola verde esmeralda tan brillante como la esperanza, bien merece la pena el madrugón. Así se sentían, si no los mejores, sí los campeones. Gracias por las mañanas de balonmano y las tardes de fútbol. Gracias arbitruchos, perdón por los insultos, gracias místers, profes y curas. Gracias a todos por estar donde habéis estado, por facilitar ese día a día de no parar, de seguir adelante y de ayudar a los chavales a re-inventarse a cada momento.

Decir cole es decir también día SED. Aún siento el bullicio y la ensalada de chicos y grandes, de estudiantes, padres y trabajadores, de frailes y seglares, profes y alumnos. Camisetas y calzones de todos los colores, números y logos, que parecen caminar solas sobre el cemento de los patios, portadas por benjamines que casi no se ven, rabiando de ganas de ganar. Una canción de La Oreja en los altavoces es voceada a coro por ellas, que animan a quienes sacan ya dos cabezas, a los futbolistas de su curso, a los mismos que vuelven locos a diario en clase y que no se aclaran entre el balón y los traseros. Risas y más risas, carcajadas abiertas que abarcan desde la Font Calent hasta el Maigmó. La foto, la canción, el mensaje, la perdida, el desplante, la ilusión. En el juego, en la clase, en el móvil... Un Pencho tan grande tan grande que no lo puedes abarcar, un Feli tan sabio, tan sabio que no lo puedes olvidar, un colegio tan cole, tan cole, que no lo queremos dejar. Ese que atrae a los chicos en el estío igual que en el invierno, en el finde y entre semana, con exámenes o con recreos, con notables o suspensos. Un cole templo del encuentro y la amistad, acumulador de buen rollo, variopinto y cosmopolita donde los haya.

Pero vivir de recuerdos no es buen rollo; dicen que la nostalgia pudre el alma. Que pasen por ti todos los curas, todos los maestros, todos los chicos y padres del mundo, pero no te mueras nunca cole. Para que así todos los que vengan detrás se impregnen de ti. En mí, querido cole mío que nunca lo fuiste, con el paso de mis hijos has dejado huella imborrable. Puedo decir con orgullo que casi he aprendido más en los sábados y festivos de agenda rota entre tus muros, que en toda mi vida junta, y ojalá algún día antes de desaparecer me hiciera sencillo, humilde y honesto.

Tampoco crezcas más, caro amigo y maestro, así lo serás de por vida y, aún en nuestro otoño, vivamos en presente lo que para otros sean nostalgias y la magia del ahora nos conserve siempre chicos.

Jaime Colom Valiente
Amparo Jover Albert